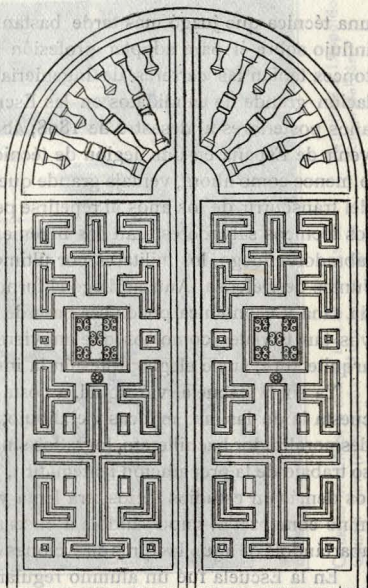


ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

No siempre ha de tratarse en esta sección de grandes edificios en los que se han invertido sumas cuantiosas, de obras monumentales, por lo menos en la intención de sus autores. Para un cabal conocimiento de lo que es la arquitectura española actual, conviene presentar también otras que podríamos llamar menores, de reducidas dimensiones, de coste poco elevado, en las que el problema a resolver no presenta grandes complicaciones. Vamos hoy a comentar algunas de estas últimas.

El pertenecer su autor a la Redacción de ARQUITECTURA no nos ha de privar de la independencia de juicio, sin la cual es despreciable toda crítica.



Puerta de entrada al colegio de San Vicente de la Barquera.

Entre los alumnos que pasan por nuestras Escuelas de Arquitectura, pertenece Torres Balbás al grupo de los por naturaleza peor dotados para tal profesión. Carecía de aptitudes de dibujante; faltábale por completo la imaginación que evoca y transforma, capaz de crear luego obras originales. Su formación y sus aptitudes conducíanle al estudio de las ciencias históricas, geográficas o naturales; hubiera sido un buen obrero de ellas, paciente y objetivo.

Pero desde muy joven había empezado a iniciarse en la historia artística en la Institución Libre de Enseñanza y en el ambiente familiar. De niño, en frecuentes excursiones, visitó los templos y monumentos de nuestras ciudades históricas, sin interés primero, impaciente cuando el maestro prolongaba demasiado la estancia en una catedral o en un museo, sugestionado luego poco a poco por la emoción que producen las viejas piedras al que las interroga.

Empezó sus estudios profesionales como la gran mayoría de los adolescentes, desconociendo por completo el camino que emprendía y que le sería muy difícil ya abandonar. A la Escuela de Arquitectura llevóle el deseo paterno y el afán, marcada en él la vocación a la arqueología monumental, de tener un título desde el que varios arquitectos de diversos tiempos y países excomulgaban a los que no lo poseían, como no pudiendo penetrar en los arcanos de la estructura de los viejos edificios. Claro que Torres Balbás tenía el suficiente sentido común para pensar que un diploma académico no tiene nada que ver en la mayoría de los casos con el conocimiento de una ciencia; pero le repugnaba verse un día excomulgado en nombre de

una técnica que juzgó más tarde bastante empírica. Probablemente también ejerció influjo sobre él para adoptar profesión la mayor consideración social que por entonces tenían las carreras de ingeniería y arquitectura, produciendo una acumulación grande de candidatos en las Escuelas que para ellas preparaban. Eran los años posteriores al desastre de 1898; abominábase del abogadismo y veíase el porvenir de España en una legión de técnicos encargados de regenerarnos; poco más o menos como ahora, ventaja grande que tenemos los españoles de no darnos cuenta del transcurrir de los años al repetirse periódicamente los mismos hechos. Entonces los técnicos salvadores eran los ingenieros; más tarde lo fueron los maestros, los labradores luego, los militares por último, dispuestos a renovar el país mediante las Juntas de Defensa. Aun no llegó el turno a los arquitectos, a pesar de que la vivienda sana y económica puede ser base de un salvador programa nacional. Por motivos tan triviales como los que movieron a Torres Balbás a seguir la carrera de arquitectura, suele elegir profesión la inmensa mayoría de nuestra juventud.

Ya en la Escuela, vió aquél, a costa propia, que para su inteligencia era dura cuesta la de las matemáticas y el dibujo; vió también que tras los fáciles éxitos del desmoralizador bachillerato, logrados sin esfuerzo alguno, venían las horas de intenso trabajo de la preparación matemática, y que su inteligencia, contrastada con las de los demás en estudios serios, era lenta y mediocre. La voluntad hízole seguir el camino comenzado, impulsándole a buscar las dificultades con ánimo de vencerlas y apartándole de aquellas otras direcciones en las que no hubiera encontrado obstáculos.

En la Escuela fué un alumno regular, que a costa de un trabajo intenso consiguió ocupar un número intermedio en los cursos de proyectos. Su falta de imaginación creadora hacíale pasar por momentos desconsoladores de impotencia para concebir una idea arquitectónica. Ello y su gran curiosidad intelectual y artística llevábale a las Bibliotecas, donde pasaban por sus manos un crecido número de obras de arquitectura antigua y moderna. Si como creador de arte su valor era nulo, aguzábase en él el sentido crítico, iniciado desde muy joven al contacto de gentes de refinado espíritu artístico, desarrollado luego en la contemplación de la arquitectura viva de nuestros pueblos y ciudades en numerosas excursiones. Ello apartábale de las grandes equivocaciones que a veces tienen gentes de intensa potencialidad artística y presagiaba que las creaciones de este arquitecto serían discretas, mediocres y un tanto incolores, sin rasgos geniales ni pesados errores de mal gusto. Ello muestra, y por eso nos hemos detenido en las consideraciones anteriores, lo que una orientación acertada puede lograr de gentes tan mal dotadas para la creación arquitectónica como Torres Balbás.

Sus opiniones sobre la teoría de su profesión han sido expuestas repetidamente en esta revista, aunque algunas veces con la rigidez y el dogmatismo que escribe su pluma, pero repugna a su espíritu. Ellas manifiéstanse en estas obras reproducidas: sencillez y sobriedad — producto tal vez de su carencia de imaginación —, temas rústicos y populares transformados — no tanto como él quisiera, por la misma razón —, tendencia a lo pintoresco. Los errores y defectos, seguramente numerosos, no los hemos de señalar nosotros, modestos aficionados, a los técnicos que constituyen el gran número de lectores de esta revista.



PANTEÓN DE LOS CONDES DE SAN DIEGO EN EL CEMENTERIO DE CABEZÓN DE LA SAL (SANTANDER).

Arquitecto: Leopoldo Torres Balbás.



COLEGIO DE NIÑAS, A CARGO DE LAS MONJAS DE CRISTO REY (FUNDACIÓN MATA-LINARES), EN SAN VICENTE DE LA BARQUERA (SANTANDER).

Arquitecto: Leopoldo Torres Balbás.



CASA PROPIEDAD DE D. FÉLIX MARTÍN,
EN MEDINA DEL CAMPO (VALLADOLID).

Arquitecto: Leopoldo
Torres Balbás.



CASA PROPIEDAD DE D. GREGORIO LÓPEZ,
EN MEDINA DEL CAMPO (VALLADOLID).

Arquitecto: Leopoldo
Torres Balbás.





CASA PROPIEDAD DE D. FÉLIX MARTÍN,
EN MEDINA DEL CAMPO (VALLADOLID).

Arquitecto: Leopoldo
Torres Balbás.



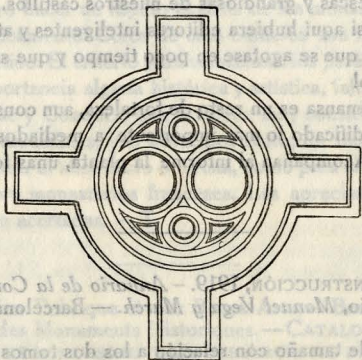
CASA PROPIEDAD DE D. GREGORIO LÓPEZ,
EN MEDINA DEL CAMPO (VALLADOLID).

Arquitecto: Leopoldo
Torres Balbás.



Hoy, próxima ya para Torres Balbás, «la mitad del camino de la vida», dueño de una voluntad serena, en sus últimas obras adviértese el equilibrio y la ponderación de un espíritu cultivado, al que la Naturaleza no concedió el don de la creación artística. Es, pues, su labor resultado de una disciplina intelectual intensa sujeta a una fuerte voluntad. Con nuestro gran Cajal, piensa Torres Balbás que «el esfuerzo enérgico y reiterado en una determinada dirección es capaz de modelar y esculpir desde el músculo hasta el cerebro, supliendo deficiencias de la Naturaleza», y que «las deficiencias de la vida son compensables mediante un exceso de trabajo. Es decir, que el trabajo substituye al talento, o mejor dicho, crea el talento». Su educación y sus aficiones harían de este arquitecto un admirable conservador de nuestra riqueza monumental. Más tarde, cuando pasen para él los años de lucha y de inquietud — si alguna vez pasan —, tal vez reúna a su alrededor un núcleo de gente joven a la que orientar. La Escuela en la que empezó su educación le dió, como a otras muchas gentes, algo del fervor pedagógico que poseían en grado tan excelsó sus primeros maestros, orientadores de su vocación hacia los sugestivos y perennes goces del espíritu y del trabajo intelectual.

LUIS RAMOS GIL.



Rosetón de la capilla del colegio de San Vicente de la Barquera.